

Franz Kafka

# La metamorfosis



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en [www.edicionesobelisco.com](http://www.edicionesobelisco.com)

### **Colección Estudios y Documentos**

LA METAMORFOSIS

*Franz Kafka*

1.ª edición: febrero de 2022

Título original: *Die Verwandlung*

Traducción: *Margarita E. de la Sota*

Corrección: *M.ª Ángeles Olivera*

Diseño de cubierta: *T3Edi, Teleservicios Editoriales, S. L.*

© 2022, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 253

E-mail: [info@edicionesobelisco.com](mailto:info@edicionesobelisco.com)

ISBN: 978-84-9111-814-5

Depósito Legal: B-1.302-2022

Impreso por CPI Black Print - Barcelona

*Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Índice

I .....	7
II .....	35
III .....	65

## I

Una mañana, tras un sueño agitado, Gregorio Samsa despertó transformado en una cucaracha. Estaba acostado de espaldas, con una espalda tan dura como una coraza, y, tras levantar un poco la cabeza, advirtió que tenía un vientre oscuro y abovedado, dividido por unas nervaduras arqueadas. La colcha, apenas retenida en la cúspide de esa construcción, estaba ya a punto de caer, y las patas, desproporcionadamente delgadas, se agitaban ante sus ojos.

«¿Qué me ha ocurrido?», se preguntó. Sin embargo, no se trataba de un sueño. Su habitación, una auténtica habitación de un ser humano, aunque, a decir verdad, demasiado pequeña, permaneció

cía con prudencia entre sus cuatro paredes. Por encima de la mesa, sobre la cual se hallaba expuesto el muestrario de telas —Gregorio era viajante—, se veía aún la lámina que poco tiempo atrás recortara de una revista, realizada por un marco dorado. La estampa representaba a una dama, bien erguida en su asiento, que lucía un gorro de la misma piel del ornamento que rodeaba su cuello. Mostraba la señora un pesado manguito, en el cual su brazo se hundía hasta el codo.

Gregorio miró por la ventana. Se oían las gotas de lluvia sobre el zinc, y el tiempo nublado lo sumió en un estado melancólico. «Si pudiera dormir otro rato y olvidar estas tonterías», pensaba. Pero era totalmente imposible. Su estado le impedía dormir sobre el lado derecho, como solía hacer. Vanos fueron los intentos por echarse de costado; indefectiblemente, por un movimiento pendular, volvía a quedar de espaldas. Cien veces lo intentó sin lograr su propósito, a pesar de que cerraba los ojos para que la oscilación de sus piernas no lo perturbara. Se dio por vencido al sentirse aquejado por una especie de dolor que nunca había experimentado antes.

Entonces pensó: «¡Qué oficio he ido a elegir! ¡Todos los días viajando! Mayores preocupaciones que cuando estaba en el negocio de mis padres. Y,

para colmo de males, la plaga de los viajes: combinaciones ferroviarias fallidas, unas comidas malas y a deshoras, siempre caras nuevas, gentes que ya no volverán a verse, con las cuales no hay posible camaradería. ¡Al diablo con todo!».

Sintió una ligera comezón en la parte superior del vientre. Se deslizó lentamente en dirección a la cabecera, para poder erguir con mayor facilidad su cabeza, y vio en el lugar del escozor una serie de inexplicables puntitos blancos. Quiso tocarlos con una de sus patas, pero la retiró enseguida, pues el contacto le produjo escalofríos.

Adoptó entonces la posición inicial. «Nada hay que embrutezca tanto como esto de madrugar siempre —pensó—. El hombre necesita dormir lo preciso. Y pensar que hay viajantes que se dan una vida de odaliscas. Cuando regreso al hotel, por la tarde, para anotar los pedidos, me encuentro con que estos señores están todavía con el desayuno.

»Quisiera saber qué me hubiera dicho mi jefe si hubiera intentado hacer tal cosa. Inmediatamente me hubiera despedido. Por otra parte, tal vez esto sería un buen negocio para mí. Si no fuera por mis padres, hace tiempo que hubiera renunciado. Me habría presentado ante el patrón para exponerle de manera clara mi pensamiento. Se hubiera caído de su escritorio. Porque, además, hace eso: se sienta

sobre el escritorio para hablar con sus empleados desde lo alto de un trono, justo él, que es tan sordo que sólo oye cuando la gente se le acerca. Pero no he perdido las esperanzas; en cuanto reúna la cantidad que mis padres le deben —lo que requerirá unos cinco o seis años—, daré el golpe. Entonces, punto y aparte. Por el momento tengo que levantarme para poder tomar el tren de las cinco».

Miró el despertador, que permitía escuchar su tic-tac sobre el baúl. «¡Dios del cielo! —pensó.

Eran las seis y media y las agujas seguían avanzando imperturbablemente, ya habían pasado la media, y no faltaba mucho para menos cuarto. Entonces, el despertador no había sonado. Sin embargo, desde la cama se veía que la pequeña aguja marcaba las cuatro. Tenía que haber sonado. Todo indicaba que Gregorio había continuado durmiendo a pesar de ese estrepitoso campanilleo, capaz de alterar hasta a los muebles. Sin embargo, su sueño no había sido apacible. Pero, por eso mismo, sí muy profundo. Pero, y ahora... El tren siguiente partía a las siete. Para alcanzarlo hubiera debido darse muchísima prisa. Además, el muestrario no estaba empaquetado; y en cuanto a Gregorio, tampoco se sentía muy dispuesto a partir. Por otra parte, aunque alcanzara el tren, no podría eludir la ira del patrón. Casi con seguridad, el re-

cadero que aguardaba a Gregorio para el tren de las cinco ya habría advertido a la casa su olvido. El muchacho estaba hecho a imagen y semejanza del patrón: un individuo servil y torpe. ¿Y si se hiciera pasar por enfermo?... Pero sería muy fastidioso y, tal vez, despertara sospechas, ya que en los cinco años que llevaba trabajando en la casa, Gregorio no había padecido la menor indisposición. El patrón iría con el médico del seguro, reprocharía a los padres la holgazanería del hijo y cortaría toda objeción con los mismos argumentos del médico, para quien nunca había enfermos, sino perezosos.

Por otra parte, ¿se equivocaría mucho de este diagnóstico? Salvo una gran necesidad de dormir, Gregorio se sentía muy bien; más aún, tenía hambre. Mientras giraba en torno de estos pensamientos sin decidirse a abandonar el lecho, en el momento en que el despertador daba las siete menos cuarto, oyó cómo golpeaban puerta que estaba junto a la cabecera de su cama.

—Gregorio —dijo la voz de su madre—, son las siete menos cuarto. ¿No querías tomar el tren?.

¡Qué dulce voz!... Gregorio se estremeció al escuchar su propia voz que respondía. Era la de siempre, sí, pero se mezclaba a ella una suerte de piar doloroso, imposible de reprimir, que parecía surgir de lo más íntimo de su ser, que confundía las pala-



bras, claras al principio, hasta mezclar sus resonancias de tal modo que no se sabía bien si las había oído o no. Gregorio hubiera deseado responder de un modo más explícito, pero en esas condiciones se satisfizo con decir las siguientes palabras:

—Sí, sí, gracias, mamá. Ya me levanto.

Casi con seguridad que la puerta impedía advertir la alteración en la voz de Gregorio, pues la explicación tranquilizó a su madre, que se alejó arrastrando las zapatillas. Pero esa breve conversación había hecho que los otros miembros de la familia, contra todo lo previsto, fueran conscientes de que Gregorio estaba aún en la cama, y el padre golpeó con suavidad la puerta lateral.

—Gregorio, Gregorio, Gregorio, ¿qué ocurre?  
—Tras la otra puerta, la hermana del joven se lamentaba:

—Gregorio, ¿estás enfermo? ¿Necesitas algo?

—Ya estoy listo —respondió Gregorio a ambos, esforzándose por pronunciar con claridad y separando mucho las palabras para que su voz se oyera de un modo más natural.

El padre continuó con su desayuno, pero la hermana siguió cuchicheando:

—Abre, Gregorio, te lo suplico.

Gregorio ni pensó en satisfacer tal petición; por el contrario, se felicitó de haber conservado el hábi-

to —contraído en los hoteles— de cerrar su cuarto aun estando en su casa.

Primero, iba a levantarse sin que nadie lo importunara; se vestiría enseguida y, sobre todo, desayunaría. Después tendría tiempo de reflexionar; bien sabía que no sería en la cama donde encontraría solución a su problema. Es frecuente que una mala posición en el lecho traiga como consecuencia algún malestar que desaparece en cuanto uno se levanta, y Gregorio deseaba que la alucinación de ese momento se disipara de manera paulatina. En cuanto al cambio en su voz, tenía la certidumbre de que se debía a un resfriado en su etapa inicial, la enfermedad profesional de los viajeros.

Muy fácil le resultó apartar la colcha; se distendió un poco y cayó sola. Pero inmediatamente su propia y extraordinaria anchura le molestó. Para levantarse hubiera podido ayudarse de los brazos y las piernas, pero en su lugar tenía ahora unas patitas en constante agitación e imposibles de dominar. Para poder controlar una, debía estirarse, y, al realizar el movimiento deseado, las restantes se desencadenaban sin control alguno, haciéndole sufrir de un modo atroz. «No debemos quedarnos en la cama», concluyó Gregorio.

Para liberarse de tal situación, intentó sacar, primero, la parte inferior de su cuerpo. Por desgracia,

esta parte, que aún no había visto, y de la cual no tenía, por tanto, una idea exacta, le resultó muy difícil de mover. La lentitud de la maniobra lo exasperó. Pudo reunir todas sus fuerzas para echarse hacia adelante, pero había calculado mal la dirección y se dio de bruces contra los pies de la cama. El agudo dolor experimentado entonces evidenciaba que la parte inferior era, ahora, la más sensible de su cuerpo. Quiso entonces, cambiando de táctica, comenzar por la parte superior, volviendo cuidadosamente la cabeza hacia el borde de la cama. Esto le resultó fácil, y, a pesar de la anchura y del peso del cuerpo, toda esa masa respondió al movimiento iniciado por la cabeza. Pero, cuando ésta pendía ya fuera del lecho, Gregorio tuvo miedo; si caía en esa posición, sólo un milagro podría salvarlo de partirse el cráneo, y no era el momento oportuno para perder la cabeza; más valía permanecer en cama.

No obstante, cuando después de tanto esfuerzo exhaló un suspiro, se encontró de nuevo tumbado. Y al ver sus patitas debatiéndose aún más encarnizadamente, por temor de no encontrar medio de restablecer el orden en aquella sociedad despótica, volvió al pensamiento de que era imposible continuar en el lecho. Lo más razonable, pues, era arriesgarlo todo frente a la más remota posibilidad de

salir de allí. Sin embargo, era preferible, bien lo sabía, reflexionar con serenidad antes que tomar resoluciones extremas. Por lo general, en circunstancias difíciles, miraba hacia la ventana, como para encontrar allí algo que le infundiese ánimo y cobrar así valor. Pero ese día, la calle no sugería como otras veces; la niebla no anunciaba nada bueno.

«Las siete —se dijo—. Las siete y la niebla aún no se ha disipado». Se acostó unos instantes, para reponer fuerzas y dominar su respiración, como si un momento de calma profunda pudiera hacer que se recuperara para la vida normal.

«Es preciso que antes de las siete y cuarto esté levantado. Por otra parte, entre tanto, enviarán a alguien del negocio a preguntar por mí, pues abren antes de las siete», reflexionó. Se balanceó, entonces, cuan largo era, sobre sus espaldas, con el propósito de levantarse de la cama. De ese modo podría preservar la cabeza manteniéndola erguida durante el salto. Su espalda, que consideraba bastante fuerte, no corría ningún riesgo aunque cayera sobre la alfombra. Sólo temía que el estruendo de la caída —indudablemente habría de repercutir en toda la casa— propagara, si no el espanto, sí el temor entre sus habitantes.

Cuando tuvo la mitad del cuerpo fuera de la cama —gracias al nuevo método, el trabajo forzado

que significaba antes esta operación se había convertido en un juego—, pensó en qué sencillo sería hacerlo con la ayuda de alguien. Dos personas robustas, como su padre y la criada, bastarían y sobrarían. Todo se simplificaría si pasaran los brazos bajo su curvada espalda, lo retiraran del lecho, se agacharan luego con su carga y aguardaran con prudencia a que se estirara en el suelo, donde las patas evidenciarían su razón de ser. Pero aun cuando las puertas no hubieran estado cerradas, ¿conveniría llamar? Ante esta idea, a pesar de su desgracia, sonrió.

Ya había adelantado tanto que, mientras se columpiaba, creyó perder el equilibrio. Era preciso decidirse, pues sólo faltaban cinco minutos para que transcurriera el cuarto de hora fatídico. De pronto oyó llamar. «Alguien de la tienda», pensó, y sintió que su circulación se interrumpía al tiempo que sus patitas aceleraban la danza. Por un instante no oyó nada, y el resplandor de una absurda esperanza le hizo creer que nadie abriría. Pero la sirvienta, como siempre, se dirigió, decidida, hacia la puerta. Bastó una palabra para que Gregorio identificara al visitante; se trataba del gerente en persona. ¿Por qué estaría él condenado a trabajar en una casa donde se sospechaba lo peor ante la menor falta del personal? ¿Acaso los empleados

eran todos unos pícaros? ¿No había entre ellos alguno de esos servidores devotos que, si por casualidad pierden una o dos horas de la mañana, se sienten luego enfermos de remordimiento y obligados a guardar cama? ¿No hubiera bastado con enviar al recadero, siempre y cuando tales averiguaciones fueran necesarias, en vez de que fuera el gerente mismo quien debía molestarse como para demostrar a la familia que la investigación de tan sospechoso asunto sólo podía ser confiada a la inteligencia de semejante personaje?

Estas reflexiones irritaron tanto a Gregorio que saltó de la cama con todas sus fuerzas; más que la consecuencia de una determinación reflexiva, tal movimiento fue el resultado de su excitación. La caída produjo un golpe ruidoso, pero no el estrépito temido. Como la alfombra amortiguó el choque y la espalda de Gregorio era más elástica de lo que creía, se oyó tan sólo un ruido sordo. Sin embargo, la cabeza padeció el golpe. Gregorio no había intentado mantenerla erguida, y, encolerizado, la restregó contra la alfombra.

—Algo ha caído —dijo el gerente en el cuarto situado a la izquierda.

Gregorio se preguntaba por qué no le ocurriría algo semejante a aquel hombre; al fin y al cabo nada lo impedía. Pero, como una brutal respuesta,

oyó el rumor de unos pasos, zapatos que crujían. Desde el cuarto situado a la derecha, su hermana le advertía con tranquilidad:

—Gregorio, ha venido el gerente.

—Lo sé —respondió Gregorio—. Pero no se animó a levantar la voz como para que su hermana pudiese oírlo.

Ahora se escuchaba la voz paterna.

—Gregorio, el gerente viene a preguntar por qué no has partido en el primer tren. No sabemos qué responderle. Además, quiere hablar contigo personalmente. Ábrenos, por favor. Él sabrá disculpar el desorden de tu cuarto.

El gerente interrumpió:

—Buenos días, señor Samsa.

Mientras el padre continuaba hablando con Gregorio, su madre, explicaba:

—Está enfermo, créame, señor gerente. De otro modo no hubiera perdido el tren. Mi muchacho no tiene en la cabeza otra cosa más que su almacén. Créame que me hago mala sangre al ver que ni siquiera sale después de cenar. Acaba de pasar una semana con nosotros y todas las noches se ha quedado en casa. Sentado a la mesa, lee los diarios o estudia los itinerarios, siempre silencioso. Su mayor calaverada consiste en hacer algunas tonterías de madera. Últimamente ha tallado un marquito.

En dos o tres noches lo terminó. Cuando pase al cuarto de Gregorio se asombrará al verlo, es precioso. En cuanto abra podrá verlo. Por otra parte, estoy contentísima de que se le haya ocurrido venir. Gregorio es tan terco que, nosotros solos no hubiéramos logrado convencerle de que abriese la puerta de su cuarto. Seguramente no se encuentra bien, aunque esta mañana no haya dicho nada.

—Ya voy —repuso Gregorio con lentitud y circunspección. Pero continuó inmóvil para no perder ni una palabra de la conversación.

—De otro modo no me lo explicaría, señora —replicó el gerente. Y agregó—: Esperemos que no sea nada grave. Sin embargo, debo decir que nosotros los comerciantes, por suerte o por desgracia, a menudo debemos anteponer los negocios a nuestros malestares físicos.

—Bien, ¿el señor gerente puede ya pasar? —inquirió el padre, impaciente, mientras golpeaba de nuevo la puerta de Gregorio.

—No —respondió éste. En la habitación de la izquierda se produjo un silencio sepulcral; en el cuarto de la derecha se oyó sollozar a la hermana.

¿Por qué la joven no se reunía con los demás? Probablemente acababa de despertarse y aún no estaba vestida. Pero ¿por qué lloraba? Tal vez porque Gregorio no se levantaba. ¿Por qué no hacía pasar



al gerente para no arriesgar su empleo? Quizá temía que el patrón volviera a importunar a sus padres como antaño. Pero estas preocupaciones no venían al caso. Todavía estaba él allí y no pensaba despreocuparse de su familia. En ese momento yacía sobre la alfombra, y nadie que lo hubiese visto en tal estado hubiese querido que pasara el gerente. No sería esa pequeña descortesía —que luego podría explicar satisfactoriamente— la causa de su inmediato despido. En ese momento, pensaba Gregorio, lo más razonable hubiera sido que lo dejaran tranquilo. En cambio, lo atormentaban con palabras y llantos. Pero la incertidumbre los inquietaba y hacía que su actitud pudiera disculparse.

Enseguida, la voz del gerente se alzó.

—¿Qué ocurre, pues, señor Samsa? Se atrincheró en su cuarto, responde con monosílabos, angustia inútilmente a sus padres y, además, entre paréntesis sea dicho, descuida sus deberes profesionales de una manera inaudita. Hablo en nombre de sus padres y de su jefe, y le ruego, seriamente, que nos dé una explicación clara y terminante. Estoy estupefacto. Le consideraba a usted un joven formal, razonable, y ahora, de repente, pretende asombrarnos con sus extravagancias. Esta mañana me negué a aceptar una insinuación de su jefe a propósito de su ausencia; la atribuía al cobro que se le encomen-

dó hace poco. Empeñé mi palabra de honor diciendo que nada tenía que ver una cosa con la otra. Pero ahora compruebo su testarudez, y se lo aseguro, señor Samsa, se me han quitado las ganas de defenderlo a usted. Además, su situación no es muy sólida. Tenía la intención de hablar de todo esto a solas con usted, pero ya que me hace perder el tiempo, no veo la razón para silenciarlo ante sus padres. Sepa, pues, que su trabajo de los últimos tiempos no nos satisface. Reconocemos que no es ésta la época más apropiada para los grandes negocios. Pero una temporada sin ningún negocio no puede, no debe haberla.

Gregorio estaba fuera de sí; su confusión le hizo olvidar toda prudencia:

—Señor gerente, le voy a abrir inmediatamente —exclamó—. Ya le abro. Experimenté un malestar, un vértigo que me impedía levantarme, todavía estoy en cama. Pero ya recobro mis fuerzas. Ya me levanto. Un instante más de paciencia, no estoy tan repuesto como creía. Pero, sin embargo, estoy mucho mejor. ¿Cómo una enfermedad puede tomarle a uno, así, por sorpresa? Ayer estaba bien. Pregúnteselo usted a mis padres. Eso sí, tuve ya un síntoma. Hubieran debido advertirlo. ¿Por qué no avisé a la empresa? Claro, uno siempre piensa que va a resistir la enfermedad, que no será preciso guardar

cama. Señor gerente, ahórreles este disgusto a mis padres. Los reproches que acaba de hacerme no tienen fundamento; por otra parte, nunca me habían dicho nada. ¿Tal vez no han visto los últimos pedidos que envié? Tomaré el tren de las ocho; un momento más de reposo me repondrá. No quiero hacerle perder más tiempo, señor, iré enseguida al negocio. Dígaselo al jefe, por favor, y preséntele mis excusas.

Mientras lanzaba este torrente de palabras, sin saber muy bien lo que decía, se aproximó al baúl y trató de incorporarse apoyándose en él. Lo hizo con cierta facilidad, como consecuencia, sin duda, de sus intentos anteriores. Quería abrir la puerta, sí, y hacer que lo viera el gerente, hablarle. Sentía curiosidad por conocer la impresión que causaría a aquellas gentes que reclamaban tan imperiosamente su presencia. Si las asustaba SE sentiría tranquilizado, dejaría de ser responsable, y si no se inmutaban, tampoco tendría motivos para inquietarse. Todavía podría tomar el tren de las ocho si se apuraba. El baúl era liso. Gregorio resbaló varias veces; sin embargo, en un último impulso, logró incorporarse. Sin preocuparse por los intensos dolores de vientre que le aquejaron, se dejó caer sobre el respaldo de una silla cercana y logró mantenerse aferrando sus patas a los bordes del mueble. Dueño ya

de su cuerpo, mantuvo el mayor silencio para escuchar al gerente.

—¿Han entendido ustedes algo de lo que ha dicho? —les preguntó éste a los padres—. Me imagino que no pretenderá burlarse de nosotros.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó la madre a punto de llorar—. Tal vez esté gravemente enfermo y nosotros estamos mortificándolo. ¡Greta! ¡Greta! —llamó.

—Mamá —respondió la joven a través del tabique, pues las separaba la habitación de Gregorio—. Ve a buscar un médico cuanto antes. Nuestro Gregorio está enfermo. Un médico. ¡Pronto! ¿Lo has oído hablar?

—Tenía una voz de animal —explicó el gerente en un tono que parecía quedo en contraste con las exclamaciones de las dos mujeres.

—¡Ana! ¡Ana! —llamó el padre, dirigiéndose al vestíbulo para que pudieran escucharlo desde la cocina—. Vaya a buscar al cerrajero inmediatamente.

Pero ¿cómo han podido las dos muchachas vestirse con tanta rapidez?

Corrían por el pasillo en dirección a la calle dejando oír el rumor de sus vestidos. Abrieron la puerta de calle, pero no se escuchó que la cerraran; tal vez la dejaran abierta como ocurre en las casas que albergan una gran desgracia.

Sin embargo, Gregorio se había tranquilizado. Claro que sus palabras —que a él le habían parecido muy claras por haberse acostumbrado ya a ese modo de articular— fueron ininteligibles para los demás. Pero, como mínimo, advertían que su caso no era normal y se aprestaban a socorrerlo. Le reconfortaron la decisión y la sangre fría con que se tomaron las primeras medidas: se sentía reintegrado en la sociedad y aguardaba al médico o al cerrajero, sin diferenciarlos mucho, hazañas grandiosas y sorprendentes. Para aclarar su voz, con vistas a la conversación que debía sostener, carraspeó con suavidad, temeroso de que su tos no pareciera a una tos humana; para tales discriminaciones no se fiaba ya de su propio juicio. Entre tanto, en el cuarto contiguo, reinaba el silencio. Era posible que sus padres se hubieran reunido alrededor de la mesa a fin de celebrar un conciliábulo secreto. O quizás escuchaban tras de la puerta. Gregorio se deslizó hasta ella, lentamente, con su silla. Allí la abandonó y se mantuvo en pie, casi adherido a la madera por la secreción viscosa de sus patas; tras un breve descanso, intentó abrir la puerta con la boca. Pero ¿cómo tomar la llave si no tenía dientes? Estaba provisto, eso sí, de fuertes mandíbulas que le permitieron mover la llave, desdeñando el dolor que le causaba, pues no tardó en salir de su boca un líqui-

do oscuro, que se extendió sobre la cerradura y gotteó luego sobre la alfombra.

—Escuchen —dijo el gerente en la estancia contigua—, está haciendo girar la llave.

Esto alentó a Gregorio. Hubiera deseado que su padre, su madre y todo el mundo gritaran: «¡Adelante, Gregorio; valor, insiste!». Pensando que todos estarían pendientes de su esfuerzo, se aferró a la llave con toda la mandíbula hasta caer exhausto. Siguiendo el movimiento de aquélla, su cuerpo danzaba en el aire colgado por la boca. De acuerdo con lo que juzgaba necesario, se agarraba simplemente de la llave, o bien la empujaba hacia abajo con todo el peso de su cuerpo. El sonido metálico del picaporte, que había cedido, le despertó del todo. «Puedo prescindir del cerrajero», pensó mientras suspiraba aliviado y apoyaba la cabeza sobre el pestillo para terminar de abrir.

Este modo de abrir, que, por otra parte, era el único posible, impidió que su familia viera a Gregorio por algunos instantes aun cuando la puerta ya estaba abierta del todo. Tuvo que girar con la mayor prudencia contra una de las hojas de la puerta para no malograr su entrada cayendo de espaldas. Estaba aún absorbido por la complicada maniobra cuando oyó a su jefe exclamar: «¡Oh!». Era una de esas interjecciones que más que eso parecen

mugidos del viento, y lo vio –pues era el gerente quien más cerca estaba de la puerta– retroceder lentamente, como si una fuerza invisible, actuando siempre con la misma intensidad, lo alejara de allí. Al tiempo que se retiraba, el gerente se tapó la boca con la mano. La madre, que a pesar de la presencia del jefe había permanecido allí desgredada, miró primero al padre y luego avanzó dos pasos hacia Gregorio, y cayó en el centro del círculo que habían formado los demás, extendiendo sus faldas a su alrededor y ocultando su rostro en su pecho. El padre cerró los puños con rencor, como para empujar a Gregorio hacia su habitación. Luego miró hacia el comedor, perplejo, y, cubriéndose los ojos con las manos, rompió a sollozar hasta conmover a su robusto pecho.

Gregorio se abstuvo, pues, de entrar en el cuarto, y se conformó con permanecer apoyado contra el marco de la puerta. Mostraba sólo la mitad de su cuerpo y la cabeza inclinada, al acecho. A todo esto, ya había aclarado y un edificio de fachada negruzca, perforada de manera regular por las ventanas, se recortaba junto a una casa, en la acera de enfrente. Aunque aún llovía, ahora se trataba de goterones que caían de manera aislada sobre el suelo. La vajij-

lla utilizada para el desayuno cubría la mesa, pues para el padre era ésta la comida más importante del día y solía prolongarla mientras leía los distintos periódicos. En la pared se veía la fotografía de Gregorio con su uniforme de teniente como en los tiempos del servicio, sonriente, apoyando la mano en la espada, feliz de vivir, con una expresión que parecía exigir respeto por su indumentaria. Como la puerta que daba al vestíbulo estaba abierta, se veía también la del apartamento, así como el rellano y los primeros escalones.

Gregorio, que consideraba que era el único que mantenía la calma, declaró:

—Me visto en seguida, arreglo mis muestrarios y salgo de casa. ¿Quieren ustedes dejarme partir? ¿Lo quieren? Como usted ve, señor gerente, no me obstino. Los viajes, indudablemente, son penosos, pero no podría vivir sin viajar. ¿Adónde va usted, señor gerente? ¿Al negocio? ¿Sí? ¿Elaborará usted un informe justo? Se puede padecer un momento de incapacidad para cumplir con sus obligaciones, pero es entonces justamente cuando deben recordarse los méritos anteriores y pensar que, superado ese obstáculo, uno será aún más diligente en su trabajo. Mucho le debo al señor jefe, bien lo sabe usted. Tengo a mis padres y a mi hermana a mi cargo. Paso por una situación difícil, pero saldré de ella



trabajando. No me dificulte usted el logro de mis propósitos. Póngase de mi parte en el negocio. Yo sé que al viajante no se le quiere. Creen que gana mucho dinero llevando una vida principesca. Y reconozco que la situación actual no induce a revisar este prejuicio. Pero usted, señor gerente, usted que sabe juzgar mejor que el resto del personal, que el mismo jefe (él en su condición de empleador es proclive a dejarse influenciar en perjuicio del empleado), usted bien sabe que el viajante, por estar ausente del negocio la mayor parte del año, con frecuencia es víctima de habladurías o de una casualidad, de un reclamo injusto, y que no puede defenderse, porque ni siquiera sabe quién le acusa y sólo se entera cuando regresa, agotado por los viajes, y comienza a sufrir en su propia carne las consecuencias. Señor gerente, no se vaya sin hacerme siquiera un gesto de asentimiento.

Pero el gerente, al escuchar las primeras palabras de Gregorio, se había vuelto y lo miraba por encima del hombro con una mueca de repugnancia y sin poder reprimir el temblor convulsivo que lo agitaba. Mientras hablaba Gregorio, en lugar de escucharlo imperturbablemente, se había ido alejando, poco a poco, hacia la puerta. Se hubiera dicho que una fuerza secreta le impedía abandonar la habitación. Había alcanzado ya el vestíbulo, y el últi-

mo paso que dio para salir del comedor fue tan brusco como si marchara sobre brasas. Luego extendió la mano hacia el pasamanos, aún distante, como hacia una liberación sobrenatural que lo aguardara abajo.

Gregorio comprendió que si deseaba conservar su empleo, no debía dejarlo partir en ese estado de ánimo. Por desgracia, sus padres no veían tan claramente la situación; apenas comenzó a trabajar en ese comercio se habían hecho a la idea de que estaba colocado para toda la vida, y las preocupaciones de ese momento los absorbían hasta el punto de impedirles hacer previsiones. Pero el corazón de Gregorio albergaba un presentimiento. Había que detener, calmar, convencer y, por fin, conquistar al gerente, ya que de ello dependía el futuro de Gregorio y de su familia. ¡Ah, si su hermana hubiera estado allí! Ella lo comprendería. Ya la había oído llorar cuando, echado sobre sus espaldas, permanecía aún en la inconsciencia. Y el gerente, débil ante las mujeres, hubiera atendido a sus explicaciones, dejándose guiar por la joven. Ella habría cerrado la puerta y, en el vestíbulo, le hubiera convencido de que no existían razones para temer. Pero ella no estaba; todas las negociaciones estaban en manos de Gregorio. Y sin inquietarse por saber si podría ir muy lejos o si sus explicaciones habían sido com-

prendidas —lo cual era improbable—, abandonó la hoja de la puerta donde se apoyaba y pasó por la rendija para alcanzar al gerente, que se aferraba a la baranda de la escalera del modo más ridículo. Buscó en vano un punto de apoyo y cayó sobre sus patas esmirriadas, dando un grito. Por primera vez durante toda la mañana experimentó una sensación de bienestar.

Sus patas sobre tierra firme le obedecían a las mil maravillas; más aún, ardían en deseos de llevarle adonde ordenase. Esta comprobación lo colmó de alegría. Ya se disponía a creer que el fin de sus males había llegado cuando, mientras se balanceaba reprimiendo la irresistible necesidad de movimiento que lo acosaba, su madre, tendida cerca de él, aparentemente desvanecida, agitó un brazo de pronto y, abriendo con desmesura sus manos, gritó de pronto: «¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Auxilio!». Incluyó la cabeza como para ver mejor, y luego, en flagrante contradicción, retrocedió con desesperación y, sin pensar en la mesa todavía tendida, chocó bruscamente contra ella. De repente se sentó sobre el mantel, sin percatarse de que, a su lado, de la cafetera volcada vertía el café, que se extendió por la alfombra.

—Mamá, mamá —murmuró Gregorio levantando la vista.

En ese momento no pensaba en el gerente; al ver el café vertido, no pudo reprimir el movimiento de sus mandíbulas. Esto provocó nuevos gritos de su madre. La señora abandonó la mesa y cayó en brazos del padre, quien corrió para sostenerla. Pero Gregorio ya no se preocupaba por ellos. El gerente descendía; apoyando el rostro contra la baranda, dirigía una última mirada hacia atrás. Gregorio tomó impulso para alcanzarlo, pero el hombre debió sospechar algo, porque de un salto bajó varios escalones y desapareció mientras gritaba: «¡Uh! ¡Uh!», de manera que su voz retumbaba por toda la escalera. Esta fuga tuvo la desdichada consecuencia de hacer perder la cabeza al padre, que hasta entonces se había mantenido más o menos dueño de sí mismo. En lugar de correr tras el gerente o, por lo menos, permitir que su hijo lo hiciera, empuñó el bastón que el visitante había olvidado sobre una silla junto con el abrigo y el sombrero, y, con la otra mano, blandió el diario que estaba sobre la mesa. Mientras agitaba uno y otro, con los tacos golpeaba en el suelo, obligando a Gregorio a retroceder hasta su cuarto. De nada valieron las súplicas del hijo; no las comprendía. Por más vueltas que dio en torno a él, no logró más que irritarlo aún más. La madre había abierto la ventana del comedor a pesar del frío reinante y se asomaba, cubriéndose el rostro

con las manos. Se produjo una fuerte corriente de aire entre el comedor y la escalera; las cortinas se movieron; los diarios se arrugaron y algunas hojas sueltas rodaron por el suelo. El padre, implacable, acosaba a su hijo con silbidos dignos de los indios sioux. Pero Gregorio carecía de práctica en el retroceso y marchaba lentamente hacia atrás. Si se hubiera vuelto, habría alcanzado su habitación enseguida. Sin embargo, dudaba, temiendo que la lentitud del giro irritara aún más al padre, que lo amenazaba con un golpe mortal sobre su cabeza o su columna. Pero pronto dio la vuelta, pues comprobó con espanto que, al retroceder, perdía la dirección. Así fue como, sin dejar de mirar angustiado a su padre, giró con la mayor rapidez posible, es decir, muy lentamente. Tal vez éste reparó en su buena voluntad, pues sin dificultar la maniobra, desde lejos ayudó a Gregorio con el extremo del bastón. Pero ¿por qué no dejaría de silbar? Esa horrible estridencia enloquecía a Gregorio. Cuando ya iba concluir la vuelta, el constante silbido lo confundió, haciendo que errara en el ángulo. Por fin, con gran alegría, se encontró frente a la puerta de su habitación. Advirtió la estrechez de la rendija abierta. No podría pasar sin lastimarse. Al padre, en el estado de ánimo en que se encontraba, no se le ocurrió abrir ambas hojas. Era presa de una idea

fija: que Gregorio volviera a su habitación. De ningún modo hubiera soportado los complicados preparativos a los cuales debía recurrir Gregorio para erguirse y pasar de pie. Éste oía los gruñidos de su padre que, situado tras él, lo empujaba como si no hubiera ningún obstáculo que impidiera que pasara. El estrépito que oía Gregorio parecía fruto de las voces de cien mil padres. La cosa no estaba para bromas, y el joven, como pudo, se introdujo por la abertura. Quedó en posición oblicua, erguido a medias, con el costado presionado por el marco de la puerta. Oscuras manchas cubrieron la pintura blanca que lo recubría. Gregorio estaba aprisionado y no podía liberarse solo. Mientras algunas de sus patas se agitaban en el aire, otras estaban dolorosamente prensadas por el cuerpo. Entonces el padre le sacudió un violento golpe, lo que le alivió muchísimo. Tras un trayecto bastante largo fue a caer en el centro de la habitación. Sangraba de manera copiosa. La puerta se cerró con un bastonazo y reinó el silencio.